

LA ESCUELA LIBERAL

Las ciencias políticas contienen una parte moral que se deriva de verdades religiosas, y una parte sólo científica que se deriva del conocimiento de leyes naturales. Pero lo que les da a estas ciencias el carácter de sociales, lo que les transmite una importancia trascendental, su parte esencial en suma, es la parte moral. Sobre este supuesto y aludiendo a esta parte moral dije que la escuela liberal no tiene principios, quiero decir, principios morales. Con esta explicación cierro anticipadamente la puerta a la capciosa objeción que podría oponerse diciéndose que la escuela liberal no alega principios morales sino puramente científicos. Cae por tierra tal objeción ante estas terminantes consideraciones: 1ª Una escuela que sólo alega leyes naturales con prescindencia de las morales, puede admitirse como escuela científica o como compañía industrial, pero no como escuela política ni terciar debe en cuestiones sociales. 2ª Las cosas que como principios alega la escuela liberal, a saber, libertad y utilidad, no son principios de ninguna ciencia, ni tienen asomos de proposiciones científicas. 3ª La escuela liberal misma, al exhibir esas cosas, pretende exhibir principios no científicos sino morales, como se manifiesta, entre otras pruebas de su intención, por el lenguaje que emplea hablando constantemente de moral universal, de moral independiente, de moral sensualista, de ciencia moral, como base indispensable de las ciencias políticas, y como fundamento de sus llamadas doctrinas liberales.

Sentado por confesión de parte que los principios fundamentales en que se apoya la escuela liberal aspiran a ser

principios morales, yo sostengo que aunque así se llamen ellos no lo son realmente. Los capitales son libertad y utilidad, de donde deriva la misma escuela sus dictados ya de liberal, ya de utilitaria. Nótese ante todo respecto de utilidad, que éste es un término relativo. Útil es lo que conduce a un fin, a cualquier fin: la virtud es útil para salvarse, el vicio es útil para perderse. Utilidad significa conductibilidad, instrumentalidad. Preciso es, pues, para fijar su sentido, fijar el término de la relación. Lo es, según la escuela liberal, el placer, la satisfacción de apetitos, toda clase de bienestar y poder. Según esto, utilidad es interés material, y el llamado principio de la utilidad, principio de los intereses materiales.

Ahora pues: la libertad y el interés no son principios morales. No lo son en el individuo, no lo son tampoco en la sociedad. No lo son, en primer lugar, en el individuo. ¿Qué es libertad? Dos sentidos tiene principalmente esta palabra, el de libre albedrío que le da la filosofía, y el de expansión, ensanchamiento sin obstáculo de facultades y de fuerzas. En el primer sentido es libre el hombre que opta por lo que prefiere voluntariamente, aun cargado de cadenas; en el segundo sentido es libre el que sale, mata, roba, triunfa y se corona extendiendo su poderío, como es libre el viento que asuela, el torrente que inunda y el fuego que devora. En el primer sentido la libertad no es principio moral, porque no es un motivo aplicable a nuestras determinaciones; es simplemente una condición para que puedan funcionar los principios; y esta condición es innata e inalienable en el hombre. En el segundo sentido la libertad no es tampoco un motivo sino un resultado de proceder, ya por un motivo ya por otro, y sólo llega a serlo como causa final. La libertad es un motivo cuando procedemos con la mira de vencer obstáculos de gozar, de ensanchar nuestra esfera de acción, y en este caso se confunde con el interés. Pero el interés, es decir, el apetito de todo lo que nos pueda

convenir, si bien es un motivo, no lo es moral, ni propiamente principio: no es principio verdaderamente, porque siendo animal más bien que racional, no tiene el carácter de absoluto anexo a todo principio; no es moral, porque es egoístico, y siendo netamente egoístico, no excluye lo inmoral y lo injusto. Libertad, pues, y utilidad no toman apariencias de principios sino cuando confundiendo se identifican con el motivo interesado o egoístico, que no es principio moral. “Principios liberales” significa “personales intereses”.

Libertad y bienestar, no ya considerados como motivos sino como situaciones, son todavía menos asimilables a principios; son pura y simplemente hechos que adquieren carácter moral e inmoral según los principios ya racionales, ya apasionados, de donde emanan. Santa es la libertad de decir verdad, y pecaminosa la de enseñar error. Pura la libertad de amar la virtud; infame la de abrazarse con el vicio. Gloriosa es la satisfacción que de la profesión de la verdad y la práctica del bien resulta; indigno el bienestar del que goza en lo falso y en lo malo. Pues bien: el que proclama bienestar y libertad como principios, sanciona todas las libertades buenas y malas; aprueba todos los placeres lícitos e ilícitos: mejor dicho, nada aprueba ni imprueba; nada admite ni rechaza; profiere palabras libres, no principios morales. Mas nosotros los hombres de principios a este terreno trasladamos las cuestiones, considerando los hechos como frutos de carácter relativo. Nosotros los católicos sabemos que no hay libertad buena por sí, sino la que nace del ejercicio de la fe, porque Cristo nos dijo: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”¹; sabemos que no hay bienestar bueno en sí, sino el que procede de la práctica de la justicia, porque Cristo también nos enseña: “Buscad

¹ [“ . . . et cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos”. IoAN, 8, 32].

el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas se os darán por añadidura”². Las demás cosas son todas aquellas a que bajo el nombre de bienestar y libertad aspira el hombre, pero no se darán como botín a la ambición, sino como premio a la virtud. Verdad y justicia: he aquí nuestros principios.

Trasladando la cuestión del individuo a la comunidad, se observa que esos mismos hechos cambian de forma y de origen. Libertad y bienestar sociales no se derivan de la suma de esos mismos hechos considerados individualmente. No es más libre en su acción aquella comunidad en que más libres son los individuos, sino aquella en que más libertad resigne cada cual en aras de un principio común. No es ejército más fuerte aquel que se compone de individuos más robustos, sino aquel cuyos soldados practican mejor la disciplina.

No es más feliz aquel pueblo en que más bienestar ambicionan todos, sino aquel en que todos son más virtuosos. Y es que la libertad de uno choca con la de otro, el bienestar de aquél es limitado por el de éste, y para conciliarlos y producir hechos paralelos en el conjunto, es preciso prescindir de motivos interesados o liberales, y apelar a verdaderos principios morales. Libre moralmente es el hombre creyente, y libre el pueblo compuesto de hombres creyentes; feliz el hombre observante, y feliz el pueblo compuesto de ciudadanos observantes. Los principios van a producir sus frutos saludables aun en las ramas extremas: los hechos nada producen: los motivos interesados van a chocar con otros motivos interesados. Por eso el estado natural del hombre cuando no se guía por principios, es, como dijo Hobbes³, la guerra con el hombre. El estado natural del

² [“Quaerit ergo primum regnum Dei, et iustitiam eius: et haec omnia adicientur vobis”. MT. 6, 33].

³ [“Nacido en 1588 en Wesport, Hobbes, hijo de un clérigo, estudió en la Universidad de Oxford que abandonó en 1608, para ser preceptor del

hombre que se guía por principios es la paz consigo y con los demás. Un pueblo liberal es una conflagración de intereses; una sociedad cristiana es una hermosa armonía de principios.

Resulta de aquí que ninguna cuestión social puede tratarse *liberalmente* pues todas son de carácter absoluto y colectivo, y el motivo interesado, único semi-principio liberal, es contingente e individual. Así, por ejemplo, la cuestión de esclavitud, tratada en ese punto de vista no tiene solución social, sino dos soluciones individuales, la del amo que quiere libertad de dominar y la del esclavo que pide libertad de holgar; la de aquel que alega sus utilidades,

hijo de W. Cavendish (lord Devonshire); acompañó a su alumno por Francia e Italia (1608-1610) y continuó junto a él, hasta 1629, fecha de su muerte. De esta época no tenemos de Hobbes más que una traducción de Tucídides, de quien dirá más tarde en los versos de su autobiografía: *Is democratia ostendit mihi quam sit inepta*. Su segunda permanencia en Francia abarca de 1629 a 1631; en esta época conoce los *Elementos* de Euclides que serán para él en adelante el modelo de su método. En su tercer viaje por el continente, de 1634 a 1637, frecuenta en París a Mersena y a los sabios que le rodean, y visita a Galileo en Florencia. En 1640 compone *Los elementos de la ley*, primera forma de su sistema filosófico y político, obra cuyos dos fragmentos aparecieron en 1650 como apócrifos bajo los títulos de *Naturaleza humana* y *El cuerpo político*, como dos obras independientes. Hasta 1889 no se conoció la obra en conjunto. En 1640, creyéndose en peligro a causa de sus convicciones monárquicas huye a Francia, donde reside hasta la restauración de Carlos II en 1651; publica *El ciudadano* en París en 1642 y el *Leviatán* en 1650. Los veintiocho años que había de vivir en Inglaterra rebosan de polémicas con teólogos, sabios y políticos: con el obispo arminiano Bramhall, contra quien sostiene el determinismo; contra el matemático Wallis, quien examina despiadadamente en el *Elenco de geometría hobbiana* (1655) los errores matemáticos de *El cuerpo*, aparecido el mismo año; con el físico Robert Boyle, miembro de la Real Sociedad cuya entrada le había sido negada a causa de su poca afición a la experiencia; con el canciller Hyde y varios obispos que le acusaban de ateísmo y de herejía ‘por haber hecho depender —decía, disculpándose— la Iglesia de la autoridad real’. Murió en 1679”. ÉMILE BRÉHIER, *Historia de la filosofía*, traducción por Demetrio Nández, t. II, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, págs. 137-138].

y la de éste que a su vez alega las suyas. Así lo comprendió el ilustre publicista americano Channing⁴, que principia su discurso *on slavery* con estas severas frases que recomiendo a mis jóvenes conciudadanos:

La primera cuestión que debe proponerse un ser racional no es averiguar lo que es útil sino lo que es justo. El deber ha de ser el primero, el más eminente, el más conspicuo de cuantos objetos caen al alcance del pensamiento y aspiraciones del hombre. Si le negamos al deber su natural supremacía, si inquirimos primero lo que interesa y luego lo que se debe, erraremos infaliblemente. Ni lograremos ver clara y perfectamente lo que es justo si no nos aplicamos a ello como a preferente objeto. No hay juicio justo ni sabio que no se funde en la convicción del altísimo precio e importancia del deber. Esta es la verdad fundamental, la suprema ley de la razón; y la inteligencia que de ahí no parte en sus investigaciones sobre asuntos que al hombre conciernen, incurre en un grave error a veces fatal.

He aquí en estas nobles doctrinas las raíces morales de la prosperidad de un gran pueblo.

No siendo el motivo interesado social sino individual, no tiene ni aplicación social ni manifestaciones sociales, pero sí manifestaciones individuales en la sociedad. La ambición de libertad es la única forma en que ella se asemeja a principios, porque de hecho pasa a motivo, y entonces muda su nombre de libertad en el de liberalismo. Ahora bien: el liberalismo del pobre es envidia fiera, y el liberalismo del rico avaricia impía; el liberalismo de abajo para arriba es la revolución, de arriba para abajo el terror.

⁴ [GUILLERMO ELLERY CHANNING, 1780-1842, teólogo norteamericano conocido como el “apóstol de los unitarios”. Antitrinitario en cuanto al dogma, fue un gran estimador de la moral católica. Obras: *Ensayo sobre Fenelón* (1822-1829), *Essay on national literature, Self culture and the elevation of the masses*, *The character ad writings of Milton*, *Remarks on the life and character of Napoleon Bonaparte* y *Negro slavery*.

De aquí aquel cambio de papeles, no de motivos (que siempre son uno mismo, el de interés personal) de que tantos ejemplos ha dejado en la historia el liberalismo y que describió Tácito en esta frase eterna: “A nombre de la libertad combaten el poder; adueñados del poder, encadenan la libertad”⁵. Tal es la escuela liberal; no la tachemos de inconsecuente; ella es consecuente con sus *motivos*: su falta es de *principios*; su crimen la *irreligión*.

La Unión Católica, Bogotá, 13 de agosto de 1971, núm. 8, pág. 29.

⁵ [*Ann.*, 16, 22].